

Luis Berlandier: un naturalista clasificando indios en Texas

CUAUHTÉMOC VELASCO ÁVILA
DIRECCIÓN DE ESTUDIOS HISTÓRICOS, INAH

MÉXICO Y TEXAS

Luis Berlandier fue un botánico francés que llegó a México en 1826 y se trasladó a Texas, como parte de una comisión científica que tenía como propósito fijar los límites del territorio mexicano en aquella provincia y «averiguar el verdadero aspecto de aquellas fronteras desiertas o poco conocidas». En la tercera década del siglo XIX Texas era para el naciente gobierno mexicano un territorio por explorar. En 1819 España había firmado con los Estados Unidos el tratado de límites Adams-Onís, por el que se perfiló la frontera de Texas con Luisiana. Al consumarse la independencia mexicana, las responsabilidades y obligaciones de España en ese acuerdo pasaron a la nueva nación. Sin embargo, los límites al noreste fijados por ese tratado en los ríos Sabina y Rojo, no representaban gran cosa para los gobernantes de la ciudad de México, pues casi no había persona que los conociera. Por el oriente el punto más cercano al río Sabina era la población de Nacogdoches, que era un pueblo de apenas 700 habitantes, sumamente alejado de Béjar, que era la capital de la provincia y a la que una caravana podía tardar un mes en llegar. Por el norte el río Rojo se conocía únicamente por referencias geográficas, pues estaba en pleno territorio de los indios más temibles. Lo mismo su-

cedía con las grandes planicies que separaban las provincias de Nuevo México y Texas, por lo que no existían registros geográficos certeros ni comunicación entre ambas provincias. La parte habitada de Texas se reducía a una delgada franja entre Laredo, Béjar y Nacogdoches y a unas cuantas misiones y asentamientos en la región de la costa. Un cálculo del año 1835 estableció que en esa provincia había más de 15 mil indios, incluso unos 11 mil reconocidos como guerreros, mientras el resto de los habitantes no rebasaba los 25 mil, de los cuales sólo 4 mil eran mexicanos.¹ Texas era pues una provincia clave para la sobrevivencia de la nueva nación, pero al mismo tiempo era casi desconocida en su territorio y vivía amenazada.

El peligro de la frontera texana era de dos tipos. Por un lado, el incontenible proceso de expansión de la sociedad estadounidense se expresaba en una constante inmigración que amenazaba comercial y militarmente los límites con México. Por otro lado, los confines reales de la sociedad mexicana, marcados tradicionalmente por los territorios de los grupos indios guerreros, se veían agobiados por la incapacidad de los militares para negociar y mantener la paz con esos grupos, dados la carencia de recursos del Estado y la misma inestabilidad política. Una peligrosa combinación de ambos elementos era la venta de armas modernas por parte de los comerciantes norteamericanos a los grupos indios que provocaba graves problemas a las poblaciones fronterizas y hacía que la capacidad de fuego de los indios superara a las tropas que debían resguardarla. La situación política del centro impedía que se pusiera en práctica una verdadera política de defensa de la provincia en lo relativo a esos dos aspectos, que era al mismo tiempo la defensa del territorio nacional.

El primer gobierno republicano, consciente de esos peligros decidió nombrar en 1826 una comisión encargada de «arreglar los límites» en el noreste, y las cámaras, persuadidas del escaso conocimiento que se tenía de aquellos extensos territorios, «resolvieron no limitarse a nombrar sólo un comisario y un geómetra, sino una comisión científica compuesta de varios sujetos que pudiesen [...] dar noticia sobre la física y la historia natural de aquellos países remotos». Se nombró al General Manuel Mier y Terán como director de la

¹ Juan N. Almonte *Noticia Estadística sobre Tejas*, México, Ignacio Cumplido, 1835, pp.43 y cuadros 3 y 4 (facsimilar en David Weber *Northern Mexico on the Eve of the United States Invasion. Rare Imprints Concerning California, Arizona, New Mexico and Texas, 1821-1846*, New York, Arno Press, 1976)

comisión, los tenientes José Bartres y Constantino Tarnava para las «observaciones militares y geográficas», José María Sánchez como dibujante, y para las «observaciones relativas a las ciencias naturales» a Luis Berlandier y Rafael Chovell.² Más allá de propósitos formales, la comisión debía acompañar sus informes con recomendaciones de medidas para poblar aquellas regiones deshabitadas, así como sobre los puntos militares que necesitaban refuerzo, poniendo especial cuidado en una evaluación de la situación respecto a la colonización por estadounidenses, así como de una aproximación a la cantidad de indios nativos, de sus costumbres y disposición.³ Indudablemente que el conocimiento geográfico y científico de la región estaba subordinado a la necesidad de evitar la segregación de Texas, como lo demuestra el hecho de que no se envió la comisión hasta que la rebelión de Nacogdoches en diciembre de 1826 puso en evidencia que la amenaza angloamericana era real e incierta la disposición de los grupos indios en cualquier conflicto.⁴

UN ERUDITO IMBERBE

Jean Luis Berlandier nació poco antes de 1805 cerca de Génova y estudió con un famoso botánico suizo llamado Auguste-Pyrame de Candolle. Cuando en 1825 se concibió por primera vez la idea de enviar una comisión científica a Texas, Lucas Alamán, entonces Ministro de Relaciones y quien también había sido alumno de Candolle, pidió a su antiguo maestro le recomendara a un biólogo para la tarea. Este recomendó ampliamente al joven Berlandier, quien se había ganado su confianza publicando a su corta edad una monografía científica sobre la grosella «no carente de mérito», según dijo el maestro. El afamado tutor tenía además particular interés en que su pupilo viajara a América, recogiera muestras de plantas no clasificadas, las describiera y le enviara el producto de esas investigaciones. Tanto es así que en colaboración con otros científicos financió en parte el

² David Weber *La frontera norte de México, 1821-1846*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, p.231; Luis Berlandier y Rafael Chovell *La Comisión de Límites. Diario de viaje*, Monterrey, Archivo General del Estado de Nuevo León, 1989, p.[V]

³ Ohland Morton *Terán and Texas. A chapter in Texas-Mexican Relations*, Austin, The Texas State Historical Association, 1948, p.53.

⁴ Morton *op. cit.* p.49; cfr. Edmund Morris Parsons «The Fredonian Rebellion» *Texasana*, t.V, primavera de 1967.

viaje. Entendió que Berlandier regresaría a Francia una vez terminada su expedición.⁵

Berlandier llegó a la ciudad de México en diciembre de 1826. Tuvo que esperar varios meses para viajar a Texas, los cuales aprovechó estudiando la flora del Valle de México y sus alrededores.⁶ La tarea específica de Berlandier en la citada comisión era hacer un registro de la flora y la fauna del noreste.

En septiembre de 1827 el Presidente Victoria cuestionó al jefe de la expedición acerca de las capacidades de Berlandier para realizar este trabajo. El general Mier y Terán, quien dicho sea de paso se distinguía en su época por su interés en la ciencia a pesar de su oficio militar, respondió con una larga enumeración de las capacidades del joven científico. Afirmó que los más sobresalientes maestros naturalistas conocidos en México lo recomendaban, pues en lo relativo a la botánica había mostrado conocer los métodos de clasificación de Linneo, así como el de «familias», que había sido utilizado en México por Humboldt y Bonpland en sus observaciones. Asimismo tenía conocimientos en fisiología y anatomía vegetal (materias casi desconocidas en México), además de que manejaba y traía consigo una bibliografía actualizada. Su formación en zoología la había adquirido en los «gabinetes» de las «ricas colecciones» europeas, de las que se carecía en el país, por lo que era capaz de aportar importantes conocimientos. Era competente manejando instrumentos para observaciones meteorológicas, geográficas y astronómicas, algunos de los cuales traía consigo. Tenía comprobados conocimientos de medicina y cirugía y por ende podía ser útil para atender las necesidades de salud de los miembros de la comisión. No dejó de señalar Terán que, a más de su juventud, Berlandier gozaba de buenas cualidades físicas. Para concluir su argumentación, con inocultable envidia Terán dijo: el naturalista proporciona a la expedición una caja de reactivos químicos «que no he podido conseguir en esta capital».⁷

⁵ Alicia Gojman Goldeberg «Viajeros a México, Jean Luis Berlandier» en Amaya Garritz (coord.) *Un hombre entre Europa y América: homenaje a Juan Antonio Ortega y Medina*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1993, pp.345-346.

⁶ John C. Ewers «A French Scientist among the Indians of Texas before 1830» en Jean Luis Berlandier *The Indians of Texas in 1830*, Washington, Smithsonian Institution Press, 1969, pp.2-8.

⁷ Archivo de la Secretaría de la Defensa Nacional (en adelante ASDN), expediente de la Comisión de límites, año de 1827, legajo 1, Juan José Espinoza de los Monteros a Manuel Mier y Terán, México 29 septiembre de 1827, f.15; Manuel Mier y Terán a Juan José Espinoza de los Monteros, México, septiembre 21 de 1827, ff.16-18.

viaje. Entendió que Berlandier regresaría a Francia una vez terminada su expedición.⁵

Berlandier llegó a la ciudad de México en diciembre de 1826. Tuvo que esperar varios meses para viajar a Texas, los cuales aprovechó estudiando la flora del Valle de México y sus alrededores.⁶ La tarea específica de Berlandier en la citada comisión era hacer un registro de la flora y la fauna del noreste.

En septiembre de 1827 el Presidente Victoria cuestionó al jefe de la expedición acerca de las capacidades de Berlandier para realizar este trabajo. El general Mier y Terán, quien dicho sea de paso se distinguía en su época por su interés en la ciencia a pesar de su oficio militar, respondió con una larga enumeración de las capacidades del joven científico. Afirmó que los más sobresalientes maestros naturalistas conocidos en México lo recomendaban, pues en lo relativo a la botánica había mostrado conocer los métodos de clasificación de Linneo, así como el de «familias», que había sido utilizado en México por Humboldt y Bonpland en sus observaciones. Asimismo tenía conocimientos en fisiología y anatomía vegetal (materias casi desconocidas en México), además de que manejaba y traía consigo una bibliografía actualizada. Su formación en zoología la había adquirido en los «gabinetes» de las «ricas colecciones» europeas, de las que se carecía en el país, por lo que era capaz de aportar importantes conocimientos. Era competente manejando instrumentos para observaciones meteorológicas, geográficas y astronómicas, algunos de los cuales traía consigo. Tenía comprobados conocimientos de medicina y cirugía y por ende podía ser útil para atender las necesidades de salud de los miembros de la comisión. No dejó de señalar Terán que, a más de su juventud, Berlandier gozaba de buenas cualidades físicas. Para concluir su argumentación, con inocultable envidia Terán dijo: el naturalista proporciona a la expedición una caja de reactivos químicos «que no he podido conseguir en esta capital».⁷

⁵ Alicia Gojman Goldeberg «Viajeros a México, Jean Luis Berlandier» en Amaya Garritz (coord.) *Un hombre entre Europa y América: homenaje a Juan Antonio Ortega y Medina*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1993, pp.345-346.

⁶ John C. Ewers «A French Scientist among the Indians of Texas before 1830» en Jean Luis Berlandier *The Indians of Texas in 1830*, Washington, Smithsonian Institution Press, 1969, pp.2-8.

⁷ Archivo de la Secretaría de la Defensa Nacional (en adelante ASDN), expediente de la Comisión de límites, año de 1827, legajo 1, Juan José Espinoza de los Monteros a Manuel Mier y Terán, México 29 septiembre de 1827, f.15; Manuel Mier y Terán a Juan José Espinoza de los Monteros, México, septiembre 21 de 1827, ff.16-18.

dad en 1828. En cuanto a las observaciones botánicas, zoológicas y geográficas, en adelante todo dependió de la iniciativa individual, destacándose en este aspecto la de Berlandier.

En términos estrictos la Comisión no pudo poner en práctica el propósito de reconocer y marcar la frontera con los Estados Unidos. A los límites propiamente dichos, sólo llegó Mier y Terán con unos cuantos soldados de escolta y eso en la región de Nacogdoches, que era la más accesible. El General se quejó a los mandos militares de que para hacer un verdadero reconocimiento de las fronteras del norte de Texas requería de un contingente de al menos cien soldados bien montados y armados. En febrero de 1828 el general Anastasio Bustamante, Comandante de las Provincias Internas, le manifestó la imposibilidad de apoyarlo por la escasez de bestias y dinero.⁸ El caso es que Mier y Terán nunca contó con una fuerza suficiente para poder internarse en los territorios dominados por «las naciones silvestres y aguerridas».⁹ A pesar de sus problemas para cumplir con el objeto de la Comisión es claro que los viajes de cada uno de sus integrantes y el contacto con los pobladores y militares de Texas les fueron formando una idea de las costumbres y actitudes de los diversos grupos indios que habitaban Texas, así como de los nuevos grupos que iban llegando procedentes del este, que es el tema que interesa aquí.

Todo el conjunto de dificultades y desilusiones que acompañaron a los esfuerzos por proteger Texas y a la nación, llevaron a Mier y Terán a una complicada situación política y personal que lo orilló al suicidio en julio de 1832. A la muerte del General, el teniente Sánchez asumió la tarea de resguardar los instrumentos, situado y resultados del trabajo de la Comisión. A la muerte de este último en agosto de 1834 esa responsabilidad pasó a manos de Berlandier, quien a pesar de las ausencias, de la falta de recursos y de todo tipo de apoyo se seguía sintiendo, al menos hasta 1835, el «naturalista de la Comisión de Límites». Así, casi todos los diarios y observaciones de los miembros de la Comisión fueron a dar a manos de Berlandier, quien tuvo el tiempo para ordenarlos, corregirlos y buscar el modo de que fueran publicados.

⁸ Anastasio Bustamante a Manuel Mier y Terán, Laredo, 20 de febrero de 1828, ASDN, exp.XI-481-3/1174.

⁹ Manuel Mier y Terán al Secretario de Relaciones, Béxar, 21 de febrero de 1828, ASDN, exp.XI-481-3/1174.

dad en 1828. En cuanto a las observaciones botánicas, zoológicas y geográficas, en adelante todo dependió de la iniciativa individual, destacándose en este aspecto la de Berlandier.

En términos estrictos la Comisión no pudo poner en práctica el propósito de reconocer y marcar la frontera con los Estados Unidos. A los límites propiamente dichos, sólo llegó Mier y Terán con unos cuantos soldados de escolta y eso en la región de Nacogdoches, que era la más accesible. El General se quejó a los mandos militares de que para hacer un verdadero reconocimiento de las fronteras del norte de Texas requería de un contingente de al menos cien soldados bien montados y armados. En febrero de 1828 el general Anastasio Bustamante, Comandante de las Provincias Internas, le manifestó la imposibilidad de apoyarlo por la escasez de bestias y dinero.⁸ El caso es que Mier y Terán nunca contó con una fuerza suficiente para poder internarse en los territorios dominados por «las naciones silvestres y aguerridas».⁹ A pesar de sus problemas para cumplir con el objeto de la Comisión es claro que los viajes de cada uno de sus integrantes y el contacto con los pobladores y militares de Texas les fueron formando una idea de las costumbres y actitudes de los diversos grupos indios que habitaban Texas, así como de los nuevos grupos que iban llegando procedentes del este, que es el tema que interesa aquí.

Todo el conjunto de dificultades y desilusiones que acompañaron a los esfuerzos por proteger Texas y a la nación, llevaron a Mier y Terán a una complicada situación política y personal que lo orilló al suicidio en julio de 1832. A la muerte del General, el teniente Sánchez asumió la tarea de resguardar los instrumentos, situado y resultados del trabajo de la Comisión. A la muerte de este último en agosto de 1834 esa responsabilidad pasó a manos de Berlandier, quien a pesar de las ausencias, de la falta de recursos y de todo tipo de apoyo se seguía sintiendo, al menos hasta 1835, el «naturalista de la Comisión de Límites». Así, casi todos los diarios y observaciones de los miembros de la Comisión fueron a dar a manos de Berlandier, quien tuvo el tiempo para ordenarlos, corregirlos y buscar el modo de que fueran publicados.

⁸ Anastasio Bustamante a Manuel Mier y Terán, Laredo, 20 de febrero de 1828, ASDN, exp.XI-481-3/1174.

⁹ Manuel Mier y Terán al Secretario de Relaciones, Béxar, 21 de febrero de 1828, ASDN, exp.XI-481-3/1174.

General Mier y Terán sobre los grupos indios de Texas fueron publicadas en 1870 en el *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*.¹⁵ Otro de los resultados de la comisión es el diario del teniente José María Sánchez, publicado ya en nuestro siglo bajo el título *Viaje a Texas en 1828-1829*.¹⁶ Sin duda el material más interesante en cuanto a la descripción de los indios de la región es un largo manuscrito de Berlandier escrito en francés y titulado *Indigenes nomades des Etats Internes d'Orient et d'Occident des territoires du Nuveau Mexique et des deux Californies*. Dicho manuscrito fue localizado por el antropólogo John C. Ewers en el Thomas Gilcrease Institute of American History and Art en Tulsa, Oklahoma. Ewers lo publicó en 1969 traducido al inglés bajo un título que refleja mejor el contenido del documento: *The indians of Texas in 1830*.¹⁷ A decir del antropólogo en su introducción se puede suponer que el documento debió haberse escrito entre 1830 y 1834, cuando Berlandier había fijado su residencia definitiva en Matamoros.

No se sabe mucho de la vida de Berlandier después de 1835, salvo que se casó en Matamoros y se dedicó al oficio de médico y farmacéutico hasta su muerte en 1851.

LOS INDIOS EN LOS DIARIOS DE BERLANDIER

Como mencionamos la preocupación principal en los primeros diarios de Berlandier es la descripción del medio físico, de la flora, la fauna, el clima y altura de los parajes y pueblos por donde iba pasando. Se detiene a describir las condiciones del camino, las dificultades de la travesía y las villas que le llaman la atención por su tamaño, comercio, industria, por el aspecto de sus edificios o simplemente que le parecen pintorescas. Hace referencias históricas a los lugares que visita y aporta datos de número de habitantes o de producción agrícola y minera cuando los tuvo a la mano.

¹⁵ Manuel Mier y Terán «Noticia de las tribus de salvajes conocidos que habitan en el Departamento de Tejas y del número de familias de que consta cada tribu, puntos en que habitan y terrenos en que acampan» en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, 1870, t.2, pp.264-269.

¹⁶ Este diario fue localizado en el Archivo de la Secretaría de la Defensa Nacional por Luis Chávez Orozco, quien lo publicó en 1926, en una edición muy restringida, también se dio a conocer en inglés en el *Southwestern Historical Society Quarterly* (vol.xxix, pp.249-288) y finalmente circuló más ampliamente en la edición de Jorge Flores (México, Papeles históricos mexicanos, 1939).

¹⁷ Jean Luis Berlandier *The Indians of Texas in 1830*, edited and introduced by John C. Ewers, Washington, Smithsonian Institution Press, 1969

La primera oportunidad que tuvo Berlandier para describir un grupo indio ocurrió en la hacienda de Mamulique, en enero de 1828. Los indios llamados Carrizos, que no pasaban de 50 familias, habitaban en las cercanías de la Hacienda y vivían de la pesca, la caza y de limosnas. José María Sánchez en su diario afirma que esos indios eran «demasiado perezosos» y ocultaban ese «vicio» aduciendo que su miseria era a causa de falta de tierras para cultivar.¹⁸ Por su parte el diario de Berlandier hace una descripción un poco más pormenorizada de la situación de esa «tribu»: dice que venden las pieles de los animales que cazan y que roban cabezas de ganado menor cuando aprieta la miseria; hace una descripción física y de su escasa vestimenta; informa del reducido ciclo estacional que recorren, de algunas de sus enfermedades y remedios. Sin embargo, coincide con Sánchez en son «poco numerosos, indolentes y miserables».¹⁹ En el tramo entre Laredo y Béjar se menciona a los Lipanes y Comanches como indios guerreros que atacan a las poblaciones aledañas al río Bravo o en Texas.

A fines de 1828, Berlandier ya mostraba un vivo interés por escribir en relación a los indios de Texas. Surge de inmediato la pregunta ¿qué fue lo que detonó el interés de Berlandier por describir a los grupos nativos? Hubo varios acontecimientos que seguramente influyeron en el surgimiento de ese interés a lo largo de 1828. La travesía desde San Felipe de Austin hasta el río Trinidad y después el regreso desde ese punto a Béjar, habían sido particularmente penosos: sufrieron por el exceso de lluvias, por los terrenos pantanosos y caudalosos ríos que debían cruzar, además estuvieron agobiados por las enfermedades. Para entonces eran conscientes todos los miembros de la Comisión que las dificultades para cumplir con los propósitos de la comisión eran mayúsculos y que los apoyos con que podían contar por parte del gobierno central eran mínimos. No estaban garantizados siquiera los recursos necesarios para pagar los salarios o para adquirir los víveres indispensables. Al llegar Berlandier a Béjar se sintió quizá menos presionado para cumplir en estricto los propósitos de la Comisión y comenzó a observar otras situaciones que lo rodeaban. Todavía realizó un viaje a Laredo por designio del

¹⁸ Sánchez pp.10-11.

¹⁹ Berlandier *La Comisión de Límites. Diario de Viaje...* pp.69-71.

General Terán, hizo un recorrido a lo largo del río Bravo hasta Matamoros y de ahí regresó a Béjar. En los apuntes de ese viaje describió a los indios que llamó Garzas, semejantes a los Carrizos, y se refirió a los Comanches como las «hordas salvajes» que asolaban los pueblos del norte de Tamaulipas.

Una influencia definitiva tuvo en el viajero haber conocido al teniente coronel José Francisco Ruiz, quien había vivido ocho años entre los Comanches y sus aliados como refugiado en tiempos de la Guerra de Independencia. En los años veinte, Ruiz se mostró como el mejor negociador con los Comanches, pues manejaba a la perfección el idioma y conocía personalmente a los jefes, quienes incluso lo admitían como miembro del grupo étnico.²⁰ Además, comprendía las costumbres, manejaba las relaciones entre las diversas parcialidades del grupo, así como las que se establecían con otros grupos étnicos amigos y enemigos. De alguna manera ello le permitía entender la geopolítica entre los grupos indios y ser eficaz al participar en negociaciones con todos los grupos de la región. El impacto del contacto con Ruiz, estuvo relacionado tanto con el tipo de información que manejaba el militar, como con las ideas que contrastaban con casi todos los políticos y militares que hasta entonces había conocido.

A mediados de noviembre de 1828 Berlandier se muestra entusiasmado con la idea de visitar en compañía de Ruiz los desconocidos territorios indios del oeste de Texas. La excursión se hizo posible gracias a las demostraciones de buena voluntad de parte de los jefes comanches y a la llegada a Béjar de una numerosa partida. Aprovechando la compañía de los indios en regreso sus rancherías, los excursionistas salieron con dirección noroeste. La convivencia por varios días con los Comanches dio oportunidad a Berlandier para hacer algunas observaciones sobre su conducta. El mismo día de la salida observó que mientras en las villas y presidios se mostraban «desconfiados, taciturnos y misteriosos», ya en campo abierto manifestaban un carácter «franco y alegre». Notó que todos los indios los trataban con especial consideración, de acuerdo a lo que habían indicado los jefes, de modo que, escribió Berlandier, «lejos de inspirarnos temor, nuestra confianza se aumentó cada día». Observó las ceremonias donde se fumaba la pipa, la actitud de los cautivos, los

²⁰ Ewers *op.cit.* pp.11-12

temores constantes de ser atacados por sus enemigos, la comunicación a través de humos, entre otras cosas. Se interesó sobre todo por los usos medicinales que hacían de las plantas y por la utilización de las pieles de lobo, oso y cíbolo (búfalo). Habló de las migraciones de este último y enfatizó su importancia como causa de las disputas entre distintos grupos indios. A los seis días los indios se separaron de la expedición, pero a lo largo del mes que estuvieron en el campo tuvo Berlandier mucho tiempo para oír las experiencias de Ruiz y para entablar una sólida amistad.²¹

Es muy evidente que la experiencia de Berlandier en esa expedición influyó en su interés por los indios nómadas, pues hubo un contraste muy marcado entre lo que generalmente se decía del salvajismo e ignorancia de los indios de las planicies con lo que observó o tuvo oportunidad de conocer a través del teniente coronel Ruiz. La importancia que dio Berlandier a esa expedición queda plenamente demostrada por el hecho de que fue lo primero que entregó a publicación, lo volvió a promover para imprimirse en 1844 y lo incluyó posteriormente como parte de los diarios de la Comisión. A mediados de 1829 Berlandier fijó su residencia en Matamoras y unos meses después comenzó a escribir su voluminoso manuscrito sobre los indios.

INFLUENCIAS FRANCESAS

Berlandier se concebía a sí mismo como un naturalista. Había aprendido de sus maestros las virtudes del método. Sus descripciones en los diarios están arregladas al plan preconcebido de informar acerca de la geografía y de las disposiciones naturales del medio. A pesar de lo que podemos denominar sus distracciones con los indios, nunca alteró ese planteamiento original, si bien tendió a enriquecer sus observaciones con nuevos elementos. Asimismo en su obra sobre los indios se advierte una intención ordenada, aún considerando que la obra no estaba lista para su publicación y por tanto no hace explícita la intención ni la estructura. En su primera parte hace una descripción de los aspectos genéricos que identificaban, a su entender, a las culturas indias locales. El segundo apartado enumera y describe tan ampliamente como le fue posible, las caracterís-

²¹ Berlandier *La Comisión de Límites. De Béjar a Matamoras...* pp.249-282.

ticas de cada uno de los grupos indios (siguiendo un orden alfabético). Como anexo a su obra Berlandier mandó pintar una serie de acuarelas que representaban a los principales grupos indios observados. Según lo indica el título original se planteó hacer una mirada en conjunto de todos grupos nativos desde Texas hasta California. Usando los mejores datos disponibles armó esta visión global, si bien restringida concretamente al territorio que había recorrido la Comisión de Límites, a la experiencia que le transmitieron sus integrantes y otros lugareños, y desde luego a los conocimientos del teniente Francisco Ruiz.

Es evidente que el esquema de referencia de Berlandier en cuanto a un método científico y la forma de organizar el material recabado era el de las ciencias naturales de su época y concretamente de la botánica, en la que su maestro Agustín Pyramo de Candolle fue uno de los hombres más reconocidos del siglo. Cabe recordar que la botánica era una ciencia joven. Apenas un siglo antes el afamado sabio sueco Carlos Linneo había sentado las bases para la clasificación y el conocimiento sistemático del mundo vegetal. Apoyado en una observación detenida de las características de las plantas, Linneo propuso un sistema de clasificación en clases, órdenes, géneros y especies, teniendo como elemento clave las características de la fructificación y la forma de reproducción. El llamado sistema sexual de Linneo suponía asimismo un método para la denominación y descripción ordenada de las especies. En la traducción de Antonio Palau y Verdera de los principios de Linneo se enuncia la idea de que los «admirables» fenómenos naturales eran una de las manifestaciones de la creación divina. Así, la labor del botánico semejava una suerte de sacerdocio que descubría a la humanidad las verdades que Dios había querido revelar al hombre a través de la naturaleza. Sobre este principio, equivocarse en el orden propio del mundo natural al hacer las clasificaciones, equivalía a alterar la palabra de Dios. De ahí el cuidado necesario en la atenta observación y en un seguimiento estricto de las normas dictadas por el apóstol sueco. Y aunque la misma práctica científica fue relegando esas ideas a un plano secundario, a lo largo de la segunda mitad del siglo XVIII y la primera del XIX los filósofos y científicos se apuraban en conciliar el acto de la creación con los descubrimientos que a querer o no la cuestionaban.

En ese mismo periodo, frente a la gigantesca tarea que de iden-

tificar los seres vivos de todo el planeta, una gran corriente de naturalistas organizaron viajes de exploración a los puntos más recónditos del mundo, donde se dedicaron a la descripción de cada una de las criaturas que encontraban a su paso. A esa descripción seguía el trabajo de ubicar cada especie, estableciendo las relaciones con las que ya se habían clasificado. El exitoso método clasificatorio de Linneo, con base en la cantidad, distribución y tamaño de los estambres y pistilos, suponía como método de trabajo un énfasis en la descripción de la forma superficial de los individuos por clasificar y una búsqueda sistemática de ciertas características básicas, de manera que pudiera hacerse la comparación.

Aunque el mundo de la ciencia recibió con grandes elogios la propuesta de Linneo que venía a poner fin a eternas discusiones sobre el mejor modo de identificar y clasificar las especies vegetales, surgió al poco tiempo la necesidad de hacer agrupamientos que permitieran encontrar las relaciones entre los diferentes géneros. Fue justo en Francia dónde el naturalista y filósofo Georges Buffon, por entonces encargado de los jardines reales de País, quien en coordinación con el botánico Bernard de Jussieu, quien dirigía los jardines de Trianón, se propusieron ordenar los géneros agrupándolos en familias, por medio de lo que llamaron «el método natural» (por diferenciarlo de los métodos anteriores, incluido el de Linneo, a los que llamaron artificiales).²² No fue esta una sustitución del sistema propuesto por Linneo, sino un enriquecimiento considerable que suponía la identificación de las partes de las plantas, sus órganos y funciones. Antoine Laurent de Jussieu, sobrino de Bernard, fue quien formalizó el sistema, obra que prosiguieron en el siglo XIX August de Candolle y su hijo Alphonse. Para efectos de lo que aquí interesa cabe decir que la aplicación de estas propuestas científicas llevó a los Candolle a descripciones genéricas de las características de las partes y órganos de los vegetales, así como de su adaptación al medio en que vivían, seguidas de una propuesta de clasificación, del detalle de la descripción de cada especie y de una representación gráfica de las mismas que repetía sistemáticamente ciertos elementos: tallo, hojas,

²² Stephen F. Mason *Historia de las ciencias. 3. La ciencia del siglo XVIII*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1988, p.96. Según esa propuesta metodológica se consideraba artificial cualquier clasificación que apoyada en una característica definida por los botánicos (la sexualidad en el caso de Linneo) era arbitrario o «artificial», por lo que era necesario buscar las semejanzas y diferencias entre las especies con una visión integral, lo que permitiría descubrir el método que la propia naturaleza de había dado para diferenciarlas.

flor y fruto (y eventualmente una disección de estos dos últimos),²³ en una estructura semejante a la utilizada por Berlandier en su libro sobre los indios de Texas.

En esta misma perspectiva metodológica Georges Cuvier, profesor de anatomía comparada en el Museo de Historia Natural de París, se preocupó por aplicar el método natural a la clasificación del reino animal. Distinguió las funciones y órganos característicos de cada especie y propuso la diferenciación de grupos con base a los sistemas nervioso y circulatorio. Avanzó en su propuesta haciendo una clasificación de las especies animales en cuatro grupos: vertebrados, moluscos, articulados (insectos, arácnidos y langostas) y radiados (organismos con funciones rudimentarias). Dos ideas subyacen en el trabajo de Cuvier: que las especies orgánicas eran fijas y que para cada una de ellas había un plan estructural común, es decir un arquetipo, propuesta en la cual coincidía con August de Candolle. También sostuvo que la identidad de la especie se reconoce por la forma, de donde se deduce la importancia que daba a la descripción. La obra principal de Cuvier fue publicada en 1817.

Estas reflexiones con respecto al método de los naturalistas franceses de finales del siglo XVIII y principios del XIX tienen una relación más estrecha de lo que parece a primera vista con el trabajo de Luis Berlandier. El joven botánico recibió del maestro August de Candolle toda la carga de la corriente metodológica a que pertenecía su maestro; muy probablemente fue condiscípulo de Alphonse que tanto desarrolló el método natural; conocía y manejaba los principales autores que se habían ocupado del mundo natural y llegó a México con los libros de Candolle, Linneo, Cuvier y Humboldt como apoyo para realizar su propio trabajo.²⁴

Se puede advertir que la obra de Berlandier sobre los indios de Texas se compone de tres partes, que semejan la estructura de las obras botánicas de los Candolle: primera, una descripción de la cul-

²³ Linneo, Carlos *Parte práctica de botánica del caballero..., que comprende las clases, órdenes, géneros, especies y variedades de las plantas... traducida del latín... por Don Antonio Paláu y Verdéra*, t. I, Madrid, en la imprenta Real, 1784, pp. I-VIII; Jussieu *Botanique* París, Langlois et Leclercq-Victor Masson, 1855, pp.379-396; Roberto Moreno *Linneo en México. Las controversias sobre el sistema binario sexual 1788-1798*, México, UNAM, 1989, pp.243-274; Teófilo Herrera et al. *Breve historia de la botánica en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, p.71.

²⁴ «Nota de los instrumentos, planos y libros que he recibido y otros que faltan para la Comisión de Límites», sin fecha ni firma [debe ser de Manuel Mier y Terán hacia septiembre de 1827], ASDN, exp.XI-481-3/1173 f8-10. Se mencionan los siguientes libros: de astronomía Delambre, Riot y La Lande; de zoología Dumeril y Cuvier; de botánica Linneo, Kunth y Humboldt; de mineralogía Bandant y D'Abuisson. Cuando se habla de los méritos de Berlandier se dice que trae consigo las obras de Candolle (véase nota 6).

tura de los grupos nativos, confrontándola implícita o explícitamente con la cultura occidental; segunda, una descripción de cada uno de los grupos enunciando sus características específicas y, tercera, un conjunto de acuarelas realizadas por Lino Sánchez y Tapia, bajo la supervisión del propio Berlandier.

Con todo, Berlandier decidió desviar su interés por el mundo natural y dedicar tiempo a la descripción de esos hombres que no se sujetaban a las reglas del blanco, que no admitían la civilización occidental y en esa medida a combatir el desconocimiento y los abundantes prejuicios con que se hablaba de ellos. El objetivo en esa obra era el hombre o con mayor precisión el nómada, el salvaje. Habrá que tratar entonces de descubrir cuál era el contexto de las preocupaciones sobre los hombres no occidentales a que buscaba responder o cuestionar. La obra de Berlandier no es única en su tipo y casi ni excepcional si la ubicamos en el conjunto de las descripciones que hacían los numerosos naturalistas que expedicionaban en todo el mundo. Michel Duchet muestra cómo los filósofos y humanistas del siglo XVIII abrevaron sistemáticamente en los diarios e informes de los naturalistas que siempre tenían observaciones acerca de los grupos humanos con los que tenían contacto. Este tipo de descripciones fueron preferidas frente a las de otros viajeros y misioneros. Desde mediados del siglo XVIII las expediciones a tierras lejanas normalmente incluyeron al menos un naturalista y un dibujante, que levantaban tanto el censo de las especies vegetales y animales ignoradas, como un registro de la fisonomía y costumbres de los naturales que observaban.²⁵ Tomemos en cuenta que por entonces el punto de referencia de la ciencia de la naturaleza es el hombre mismo, como expresión de la perfección, como punto de partida y objetivo de la creación. Como muchos autores ya han expresado, la existencia misma de hombres diferentes al blanco europeo obligaba a la construcción de una visión del mundo que explicara la diversidad. Por ello la empresa científica no podía retraerse a la esencial labor de observar las razas, las formas, los usos, vestidos y demás. El conocimiento generado por los expedicionarios también tenía desde luego frecuentemente un sentido de apoyo y promoción de la administración de las zonas coloniales o subordinadas. Como quiera que sea a medida

²⁵ Michele Duchet *Antropología e historia en el siglo de las luces*, México, Siglo XXI Editores, 1975, pp.101-105.

que avanzaba el siglo XVIII, según advierte Duchet, ocurrió un cambio en este tipo de informes: desde una intención de interpretación y calificación de las costumbres de los naturales, hacia una descripción detallada, poniendo énfasis en aquellos aspectos que hacían diferente la conducta y maneras de los naturales con relación a las de los blancos europeos.²⁶ Ello supone una conciencia de la necesidad de hacer cada vez mejores y más sistemáticos recuentos de las diferencias culturales.

Sin duda el conde Buffon fue un puente fundamental entre las teorías de interpretación y clasificación de la naturaleza y la comprensión del fenómeno humano, desde un punto de vista físico y social. Fue además, como vimos, un estudioso que estaba en la línea metodológica y teórica de los maestros de Berlandier, por lo que es casi seguro que las preocupaciones e interpretaciones del filósofo penetraran hondamente en el pensamiento del joven botánico.

Es bien conocido que durante el siglo XVIII se discuten, especialmente en Francia, las razones y consecuencias de la variedad humana, desde sus aspectos físicos, hasta los culturales. Los esfuerzos de científicos y filósofos, las informaciones cada vez más detalladas de diferentes grupos humanos en el mundo, provocaron una reflexión acerca de la condición humana en la que una de las figuras centrales es la caracterización de los «salvajes» o de aquellos hombres y grupos humanos en los que es evidente una gran diferencia cultural con los sectores cultivados europeos. El salvaje, como lo señala Roger Bartra, era un antiguo mito que se construyó para representar en el occidente europeo a la otredad, es decir, era el espejo en el que se podían reflejar las características propias por contraste con lo ajeno.²⁷ La experiencia americana desde el siglo XVI obligó a enriquecer el concepto, a redefinir las características de sujetos que caían en la definición e incluso a repensar sus ámbitos de desenvolvimiento e influencia, al tiempo que se insistió en una explicación de su existencia que durante mucho tiempo estuvo relacionada con la oposición a reconocer al Dios cristiano y a ceñirse a la autoridad de las monarquías europeas. Este rechazo fue en la práctica lo que muchas veces diferenció a los grupos humanos que debían ser tratados como salvajes o bárbaros, en el entendido muchas veces de que quienes rechazaban

²⁶ *Ibid.* pp.109-110.

²⁷ Roger Bartra *El salvaje en el espejo*, México, UNAM-ERA, 1992, pp.7-14, 149-157, 189-193.

la evangelización eran herejes poseídos por el demonio. Por ello en el siglo XVIII los salvajes no eran una referencia nueva, pero lo original de la discusión entre enciclopedistas era ubicar las causas y consecuencias de la diferencia cultural en un contexto laico y pretendidamente científico. Gracias al desarrollo de esas corrientes de pensamiento se fue modificando la concepción dominante acerca del salvaje y el bárbaro: si este personaje se había caracterizado hasta entonces como polo opuesto a la religión y a la sumisión a la autoridad legítima, a partir de entonces se comenzó a pensar en él como contraparte de la «civilización». Esta transformación tuvo gran significado a largo plazo, tanto en el viejo mundo como en el nuevo, pues produjo un cambio en el modo cómo se entendía la confrontación cultural y en el modo en que podía evitarse o resolverse.

Para cuando Berlandier llegó a México, la discusión en torno a la humanidad de los indios americanos y su capacidad para transitar a una condición civilizada ya estaba en Francia muy avanzada. Sería muy difícil tratar de reconstruir cuales eran las ideas y autores que habían calado en la mente del botánico, pues no hace referencias explícitas en su texto. Lo que sí resulta evidente es que el texto sobre los indios en Texas tiene una intención polémica con las ideas y prejuicios que hasta esa fecha se habían formulado alrededor de los indios americanos e incluso con los elementos que por entonces se consideraban indicadores de la distancia entre salvajes y civilizados. La sola elección de los indios nómadas como objeto principal de su estudio es significativa. Estaba para entonces plenamente reconocida la condición humana de los indios sedentarios del centro de México y se discutían en todo caso sus posibilidades para participar activamente como elemento dinámico de la civilización. Pero no era así en el caso de los nómadas de las montañas y planicies del norte, quienes seguían siendo considerados como bárbaros en atención a ser ajenos a la civilidad, indispuestos a ceñirse a leyes fijas y a reconocer a los poderes formales. El sólo hecho de ser nómada era una condición por definición opuesta a la civilización y como veremos es muy clara la intención de Berlandier de indagar esta oposición.

DESCRIPCIÓN METÓDICA Y CRÍTICA

Así como es palpable en la estructura en la obra de Berlandier sobre los indios la influencia de sus maestros científicos, en el conte-

nido está presente la discusión en torno a la naturaleza y capacidades de los naturales, tanto en la vertiente de las preocupaciones de los ilustrados europeos, como en lo que se refiere a los prejuicios y errores que campeaban en medio político e intelectual mexicano.

Como naturalista comenzó atendiendo a las aptitudes físicas de los nativos. Menciona que son altos, erectos, bien proporcionados, tez morena y pelo largo, tosco y lacio. Sus facciones son pronunciadas y la nariz prominente, de modo, dice Berlandier, que habría que colocarlos aparte de la raza mongol, «con la cual estaría uno en un primer momento inclinado a relacionarlos». Desde esos primeros pasajes se advierte la intención polémica del texto y se manifiesta el autor claramente maravillado de la fortaleza física y capacidades de los indios. Afirma:

La debilidad natural que diversos escritores citan como prevaliente entre los americanos nunca la vi. En los varios miles de nativos nómadas que fui capaz de observar en los desiertos, nunca vi un solo individuo débil o flaco. Aun entre los pueblos que viven en extrema pobreza, los hombres, mujeres y niños son extraordinarios por su vigorosa salud.

Los nativos americanos soportan multitud de privaciones a las que ningún europeo sobreviviría. Aquellos que viven en las regiones templadas, frías o calientes de México toleran todos los extremos climáticos y estacionales, la fatiga de largos viajes a pie o a caballo y sobre todo las angustias del hambre. Encuentro difícil de creer, como algunos escritores creen haber observado, que exista alguna debilidad básica en ellos...

¿Existe alguna posibilidad de decir que hombres que están incesantemente peleando con sus iguales, que aman hacer la guerra, que salen a cazar cada día, que de buena gana se exponen a cientos de dificultades, son hombres débiles? Sus constituciones ... son tan fuertes como las nuestras, y la naturaleza los ha dotado de una gran ventaja sobre nosotros que es la virtud de la moderación, que nosotros no poseemos.²⁸

Estos párrafos iniciales muestran la intencionalidad explícita de Berlandier de corregir ideas erróneas de algunos «escritores» sobre el raquitismo esencial de los naturales americanos, sobre la fortaleza de

²⁸ Berlandier *The Indians...* *op.cit.* p.32-33.

su constitución física y sobre las capacidades demostradas para soportar y sortear las dificultades del medio. La idea de la debilidad característica de los naturales americanos había sido expuesta por Cornelius de Pauw en sus *Recherches sur les Américains* en 1768, junto con un conjunto de reflexiones acerca de los efectos del clima en el desarrollo de las capacidades humanas.²⁹ Es pues intención de Berlandier superar esas ideas mostrando que no se pueden aplicar ni siquiera en el caso de los grupos americanos que viven enteramente separados de la civilización. Es en este sentido una intención crítica y científica, porque apunta aquellos hechos que ha observado directamente o de los que se siente seguro y cuestiona a quienes han llegado a conclusiones apresuradas. Hace también comparaciones implícitas y explícitas con los europeos o descendientes de la cultura occidental.

Dado el tipo de lector que imaginaba y el carácter pretendidamente científico de sus observaciones, Berlandier estaba obligado a una descripción equilibrada en que señalara virtudes y defectos de los grupos indios que describía. Por ello señaló en seguida de lo anterior lo que entendía como principal defecto de los nómadas:

La indolencia es la característica de todos los nativos. Solamente para juegos o para bailar se deshacen de la flojera y se entregan a estos placeres en grado extremo. De la indolencia surge la indiferencia que se ha observado en ellos hacia todo aquello que no se relacione con la preservación de la especie. Un salvaje puede no ejecutar ningún esfuerzo para construirse una buena casa o para mejorar su parcela. Pero se le puede ver gastando todas sus reservas de energía cuando está metido en la caza de un animal salvaje, cruzando un río o sorprendiendo a sus enemigos para cortarles la garganta o para tomarlos prisioneros.³⁰

La idea de que los indios se caracterizan por su «indolencia» es muy frecuente entre los letrados de la época por lo que bien vale la pena desarrollar en particular sus implicaciones, cosa que haremos más adelante. Por el momento la cita únicamente pretende mostrar que, más allá de la evidente simpatía que sentía Berlandier por los

²⁹ Duchet *op.cit.* pp.175-178.

³⁰ Berlandier *The Indians...* *op.cit.* p.33.

grupos indios de los que tan mal se hablaba, trataba de establecer una distancia suficiente que le permitía considerar los defectos de su carácter y las limitaciones que tenía su forma de vida.

Al aportar información sobre las características de los grupos nativos, de sus instituciones, de sus costumbres, y al hacer una diferenciación de cada uno de ellos, combate el erróneo concepto genérico de muchos políticos y militares mexicanos que consideraban a los nómadas como «indios bárbaros». Por lo común las autoridades y particulares de la frontera norte, en las discusiones acerca del trato que merecían «los indios» insurrectos, partían de prejuicios y calificativos denigrantes u ofensivos. Ello se puede advertir claramente en la correspondencia de la época. En una proporción abrumadora los autores de esas cartas se referían a los indios como «bárbaros» o «salvajes» o estaba implícito ese mensaje en el sentido de lo que se decía.³¹ Denominar así a los nómadas no era sólo una forma de diferenciarlos de los nativos sedentarios, sino de calificar su comportamiento como cercano a los animales y de justificar un trato rudo e inhumano. Había algunas autoridades o militares que por tener contacto directo con los grupos nómadas hacían matices y mostraban conocimiento de ciertas costumbres, pero en lo general se partía del supuesto de que los nómadas eran irreductibles, peligrosos y traicioneros. Aun en los casos en que se hicieron acuerdos de paz y se les hubo de dar el trato formal de amigos de los mexicanos, la correspondencia entre autoridades aludía constantemente a la desconfianza y al recelo con que debía tratarse a los jefes indios.

Oponerse a esas ideas era una empresa de gran magnitud. Para imaginarla daremos unos cuantos ejemplos que indican el ambiente en que escribía Berlandier. La prensa constantemente estaba publicando comunicados en que detallaba la «crueldad» y «salvajismo» con que los «indios bárbaros» atacaban y cometían atrocidades a los indefensos rancheros mexicanos. Una de tantas notas, aparecida en *El Águila Mexicana* en enero de 1826, dice:

Hace algunos días hemos recibido varios comunicados noticiándonos las depredaciones que cometen en las fronteras de Coahuila y Tejas los indios bárbaros llamados comanches, tahuacanos y otras tribus, donde su ferocidad tiene en continua agitación a los habitan-

³¹ Cuahtémoc Velasco Ávila «Nuestros obstinados enemigos»: ideas e imágenes de los indios nómadas en la frontera noreste mexicana, 1820-1840» en *Nómadas y sedentarios en el norte de México*, UNAM, 2000, pp.441-459.

tes pacíficos que no se hallan guarnecidos de una fuerte población o de las tropas destinadas a custodiar aquellas regiones.³²

En las memorias e informes de gobierno se insistía una y otra vez en la natural inclinación de esas tribus al robo y a la violencia. Por citar uno, en 1844 el Ministro de Guerra José María Tornel consideraba a los «indios bárbaros» una «plaga» y unos «enemigos sin piedad ni civilización», que hacían una guerra «marcada siempre con actos de horror y de crueldad»³³. Luis Zuloaga, en su Memoria de la administración pública del Estado de Chihuahua correspondiente a 1834 y 1835 para proponer las medidas de defensa que debían adoptarse, habla de la «propensión innata al robo y al asesinato» de apaches y comanches y a continuación describe las brutalidades a que son sometidos los habitantes de haciendas y ranchos.³⁴

Como muestra del tono en que se expresaban los militares que con los que seguramente Berlandier tenía contacto podemos citar el siguiente comunicado de Manuel Lafuente al General Francisco Fernández, firmado en Matamoros en mayo de 1836:

Desde el día 16 del corriente nos invadieron los indios en este punto y hasta la fecha los tenemos dentro cometiendo cuanto género de excesos son de su instituto [...]. No es dado ya contener la osadía de estos salvajes en el estado en que nos hallamos se han avilantado muy mucho [sic], y nuestros soldados agobiados por la miseria y la fatiga están amilanados... Soy seguro que en el término de dos meses si continúan como hasta aquí los salvajes dejarán [destruidos] a estos pueblos que sin resortes, por su propia virtud deben de armarse, más cuando en esta época se nos han aglomerado todas las plagas...³⁵

Mariano Arista, Comandante General de los Estados de Oriente, los llamó en 1841: «esos seres con la astucia del hombre y la agilidad de la fiera».³⁶ Aún un escritor de la talla de Manuel Payno mues-

³² *El Águila Mexicana*, 17 de enero de 1826, p.4.

³³ *Memoria del Secretario de Estado y del Despacho de Guerra y Marina, leída en las cámaras del Congreso Nacional de la República Mexicana, en enero de 1844*, México, Imprenta de I. Cumplido, 1844, p.53.

³⁴ Luis Zuloaga, *Memoria sobre la administración pública del estado de Chihuahua que debió haberse leído al honorable Congreso Quinto Constitucional por el Secretario del Despacho el 3 de julio de 1835*, (Chihuahua, Impreso por Cayetano Ramos, 1835), extracto publicado en Graziella Altamirano y Guadalupe Villa (comp.) *Chihuahua textos de su Historia, 1824-1921*, México, Gobierno del Estado de Chihuahua, Instituto Dr. José María Luis Mora, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, t.1, pp.414-415 [subrayados míos].

³⁵ Manuel Lafuente a Francisco Fernández, Matamoros, 4 de mayo de 1836, Archivo General del Estado de Nuevo León, Ramo Militares.

³⁶ Mariano Arista *Oficio y documentos que el general Mariano Arista dirige al Excmo. Sr. Gobernador de Coahuila, en contestación a las especies que se vierten en la Iniciativa que dirige a las cámaras de aquella Junta Departamental, con motivo de la última incursión de los bárbaros*, México, Impreso por I. Cumplido, 1841, p.4.

tra sus prejuicios. Payno había ocupado un puesto en la aduana de Matamoros y había sido ayudante del mismo general Arista, lo que le daba conocimiento de la región y cercanía respecto a los asuntos de defensa fronteriza. A fines de 1841 publicó en el periódico *El Siglo Diez y Nueve* una reflexión sobre los «hijos del desierto», como llama a los Comanches, en la que después de hacer una enumeración de diversos elementos de su cultura concluye que era imposible su «civilización» o siquiera que salieran «un punto de las ideas que tienen»:

sean cuales fueren sus usos, lo cierto y evidente es que esta tribu es feroz y guerrera, y que el gobierno debe fijar su exclusiva atención en organizar las compañías presidiales para repeler a esos bárbaros que empujados por el frío, por los tejanos y por su afición al robo, pueden, y acaso no tarde, destruir completamente los departamentos de Oriente.³⁷

Sirvan estos ejemplos sólo para dar una idea de la magnitud del reto que asumió Berlandier al intentar mostrar que los comanches, lipanes y tahuacanos eran humanos con capacidad de razonar, de gran inteligencia, de notable fuerza física y que aún se atreviera a exaltar en ellos ciertos valores morales. Ni la prensa, ni las autoridades civiles o eclesiásticas, ni los mandos militares, ni los sectores acomodados e ilustrados estaban dispuestos a escuchar un discurso que ponderara las virtudes de los guerreros nómadas. Era un reto tan difícil que quizá por ello no logró publicar sus agudas observaciones sobre los indios de la región.

Pero al menos frente al papel Berlandier no se sentía acobardado. Puso en evidencia que los indios gozaban de todas las capacidades intelectuales y de que nada les podía negar su derecho a ser reconocidos como seres humanos.

Los nativos no son de ninguna manera de limitada inteligencia, aunque no están dotados con esa inteligencia sobrenatural o genio de que se jactan los dos mundos civilizados. Sus actos no están dictados por instintos primitivos o simples y el observador que los ha seguido en los desiertos queda constantemente sorprendido y admirado de lo desarrollado que tienen los sentidos, en medio de los peligros que rodean su vida cotidiana, así como de lo obviamente inteligentes que son. En realidad su pensamiento y todas sus acciones

³⁷ M. Paino [sic] «Los comanches», *El siglo diez y nueve*, 29 de noviembre de 1841, p.3.

están limitadas a las cosas que necesitan para su sobrevivencia o para la destrucción de sus enemigos; pero ¿qué más puede pedir un hombre que vive en medio del desierto? Los trucos que emplean en la caza, en la guerra y en los robos que cometen dependen para su éxito de su conocimiento, basado en una cuidadosa observación de los fenómenos naturales, así como del blanco de su plan de ataque, de manera que el hombre acostumbrado a lo que sucede en la soledad del desierto nunca es sorprendido por las trampas que son puestas para él.

No estoy hablando aquí de los criollos, ni de los nativos civilizados que viven en sociedad, sino de los hombres comúnmente llamados «indios bárbaros» y que buscan su subsistencia en las regiones salvajes. Encuentro que no son de ninguna manera estúpidos, ya que nada escapa a su atención...³⁸

En un tono irónico Berlandier se burla de la prepotencia de los hombres que se califican a sí mismos como civilizados y muestra que no son los instintos lo que guía la acción de los hombres errantes. Estos párrafos parecen escritos en respuesta a algunas de las ideas de Voltaire sobre aquellos grupos humanos que en «estado de pura naturaleza» no han formado una «sociedad estable», están «atentos únicamente a las necesidades del cuerpo» y en pleno estado de «estupidez». ³⁹ Berlandier observa que, en la medida de sus necesidades, los nómadas contemplan con atención la naturaleza, se valen de sus conocimientos del medio y de su inteligencia. Agrega que son capaces de utilizar ideas abstractas tales como cálculos del tiempo y numéricos. También se expresan con complejas metáforas en sus discursos, de modo que le parece que esos nativos tienen «facultades intelectuales tan desarrolladas como cualquier individuo del viejo mundo». ⁴⁰

Berlandier dio importancia a las formas de organización política de los indios, a la administración de justicia y a las relaciones entre grupos indios y con los blancos, en especial las formas de concebir y organizar la guerra. En ello se notó la influencia de los intereses de los miembros de la Comisión de Límites, de las inclinaciones de su principal informante, así como la demanda de las élites locales mexicanas de información que permitiera la pacificación de la fron-

³⁸ *Ibid.*, p.55.

³⁹ Duchet *op.cit.*, pp.261-262.

⁴⁰ Berlandier *The Indians...* *op. cit* pp.56-57.

tera, ya para orientar acciones militares efectivas o para alcanzar acuerdos de paz duraderos con los jefes indios. Al describir las maneras de la toma de decisiones en el seno de consejos con rituales bien determinados formados por los jefes, los mejores guerreros y los ancianos, Berlandier señaló que por ahí pasaban todas las resoluciones de interés para el grupo indio, como las acciones de guerra, las migraciones o las expediciones de caza. Las determinaciones de ese cuerpo eran en general respetadas por la comunidad. En torno a las formas de la elección de los jefes comentó que se nombraba regularmente a los individuos de mayor reputación, mediante un proceso amplio de búsqueda del consenso. Con respecto a los derechos y obligaciones de los jefes, Berlandier dijo que no tenían prerrogativa alguna, pues vivían de la caza como cualquier otro miembro del grupo, no tenían derecho a pedir que alguien les ayudara y en la división de un botín de guerra su parte era igual que la de cualquier otro.⁴¹

En relación a la justicia Berlandier afirmó que en los grupos indios no existía una instancia que pudiera garantizar los derechos de los individuos: «mientras entre las sociedades que tienen un papel preponderante sobre la tierra el poder reside en la ley, entre estos nativos, por el contrario, *la ley reside en el poder*».⁴² Había una serie de normas generalmente aceptadas y acatadas, pero la justicia se hacía por propia mano, en proporción a la fuerza del agraviado. Los jefes y consejos únicamente intervenían en el caso de que el infractor quisiera impedir el castigo y el agraviado no pudiera obligarlo.

Bajo el rubro «condiciones sociales» Berlandier apuntó algunas observaciones importantes. A pesar de la baja densidad y la dispersión de los diferentes grupos indios, estos mostraban una notable cohesión interna.

Estos seres sobre los cuales hemos puesto la etiqueta de «salvajes», sólo porque huyen de lo que no conocen, están muchas veces más íntimamente unidos con los otros que aquellos que viven en nuestras ciudades y villas... Aunque están subdivididos en tribus de cerca de cien familias, se prestan ayuda unos a otros.⁴³

Los jefes tenían un poder muy limitado, justo por el deseo irrestricto de libertad de todos los miembros del grupo. Fueron mu-

⁴¹ *Ibid* pp. 37-40.

⁴² *Ibidem*

⁴³ *Ibid* p.41.

chos los testimonios que muestran el rechazo de los nómadas a cualquier tipo de sujeción o cautiverio: preferían morir o suicidarse que permanecer en prisión. También hubo muchos fracasos cuando se intentó convencerlos de asentarse en pueblos fijos.

El aspecto más desarrollado en la descripción de Berlandier es el relativo a la guerra entre y con los nativos. Intenta una explicación de la conflictividad entre grupos nómadas poniendo en primer lugar la disputa por territorios y cotos de caza. Considera que la disputa por la explotación de las manadas de búfalos era la razón del odio y las guerras periódicas entre Comanches y Osages. Pero agrega como un elemento más general el exacerbado deseo de venganza que «entre estos pueblos es más parecido a la furia instintiva de las bestias salvajes que a una pasión humana», según afirma. El hecho de que los padres inculcaran a los niños desde la más tierna infancia el ideal de venganza, provocaba que ese deseo se convirtiera en el motor de la mayor parte de las expediciones en contra de otros pueblos. A decir de nuestro autor, esta pasión sostenía el espíritu marcial y alentaba también la formación de cuadrillas menores que salían a cobrar la muerte de un amigo o familiar.

Comparado con otros escritos de la propia Comisión que hablan sobre este tema, Berlandier es el único que intenta una explicación de carácter general. Lo que es coincidente en todos los escritos es la importancia que en un momento dado alcanzaba la necesidad de ajustar cuentas con el enemigo. Francisco Ruiz en 1828 escribió:

Los Comanches como otros muchos salvajes por instinto aprenden a manejar las armas desde su infancia. Son diestros para montar a caballo, usan fusil, lanza y flecha y muchos de ellos la macana, y los que se tienen por más guerreros o intrépidos, se sirven del hacha para la guerra.⁴⁴

Aunque Ruiz no usa el concepto «instinto» en el mismo sentido que su amigo botánico, indica con estas palabras que los Comanches tenían una propensión hacia la guerra. Su necesidad por diferenciarse y subsistir frente al enemigo les obligaba a concebir odio y el deseo de vengar cualquier agravio. Describe la facilidad con la que un

⁴⁴ Francisco Ruiz «Relación que manifiesta las observaciones y adiciones que hace el que abajo se suscribe sobre la Noticia de las diferentes tribus de salvajes conocidos y que habitan en el departamento de Tejas» f.3-3v, facsímil en *Report on the Indian Tribes of Texas in 1828*, New Haven, Connecticut, Yale University Library, 1972.

comanche podía convencer a otros para que lo acompañaran a cobrar una afrenta.

Otros militares de la época, entre los cuales podría incluirse al teniente José María Sánchez, tenían una visión más pragmática, relacionada con las medidas concretas para contener las incursiones que afectaban a las poblaciones fronterizas. Para Sánchez «los vicios más comunes en los Comanches son la venganza, el orgullo y la excesiva pereza». Señala las dificultades para llegar a acuerdos de paz perdurables con los comanches, dice que sería difícil civilizarlos y concluye: «sería muy conveniente destruirlos en caso de no acceder a proposiciones razonables», pues son peligrosos y «en nada son útiles con sus costumbres presentes».⁴⁵

El General Mier y Terán tenía por su cometido en Texas, una visión más amplia, aunque igual de tajante en sus conclusiones. En agosto de 1831, a propósito de una idea de Miguel Ramos Arizpe de proteger la frontera mexicana admitiendo contingentes indios expulsados por los angloamericanos, expresó su concepto sobre ellos:

La admisión de las tribus salvajes que por efecto del aumento de población de los Estados Unidos del Norte se agolpan sobre la frontera mexicana, es la primera medida que sugiere la humanidad; pero es necesario no alucinarse concibiendo alguna ventaja política o económica en atraer tan malos huéspedes: tienen tan pocas disposiciones para civilizarse, es decir para mudar todos sus hábitos, inclinaciones y usos, que por no hacerlo abandonan las tierras que solamente conocen y en que han vivido, con la incertidumbre de hallar otras en que subsistir: los salvajes no tienen apego a nada que pudiera conducirlos a sentir necesidades para la sociedad y por el contrario el sentimiento fuerte y superior a todo de su independencia los hace capaces de los mayores sacrificios por conservarla...⁴⁶

En cuanto a la diferencia entre los distintos textos aquí presentados sobre la belicosidad de los indios podemos ver posiciones bien diferentes: Berlandier intenta una explicación de carácter científico basada en conocimiento y experiencia; Francisco Ruiz trata de enumerar los detonantes del odio y el deseo de venganza; Sánchez establece un principio de realidad que justifica la acción militar en contra

⁴⁵ Sánchez, pp.33, 36 y 37.

⁴⁶ Archivo Histórico «Genaro Estrada» de la Secretaría de Relaciones Exteriores, Gral. Manuel Mier y Terán al Ministro de Relaciones, Matamoros 11 de agosto de 1831, L-E-1076, ff.215v.

de los indios guerreros; Mier y Terán se preocupa por proponer medidas que garanticen a largo plazo la estabilidad en la frontera y por esa razón subraya su particular respuesta a una pregunta crucial: ¿es posible *civilizar* a los nómadas?

En torno a esta pregunta resultan significativas las opiniones sobre los Apaches Lipanes. Francisco Ruiz da una respuesta definitiva:

No obstante que sus costumbres son parecidas a las de otros bárbaros no me parece imposible las mejorasen, pues señalándoles un terreno en donde se radicasen y estuviesen con la protección de nuestro Gobierno a cubierto de los Comanches, sus implacables enemigos, y facilitándoles utensilios para labrar la tierra, no dudo que la mayor parte, cuando no todos los Lipanes, adoptarían esta medida para vivir, aunque al principio costaría algún trabajo.⁴⁷

Indicó Ruiz que personalmente le constaba que los Lipanes tenían alguna inclinación hacia la agricultura, razón por la cual era factible que se asentaran y olvidaran los agravios sufridos.

Es evidente que Berlandier tenía a la mano la descripción de Ruiz cuando describió a ese grupo, pues hay una coincidencia casi perfecta de opiniones:

No creo de ninguna manera imposible mejorar el destino de este pueblo guerrero [...] La gente se ha dado cuenta que desde que han estado en guerra con los Comanches, sea por sentirse liberados del miedo a los criollos o a causa de que han mejorado en sus hábitos, los Lipanes han cometido mucho menos robos y comienzan a aprender las costumbres de la sociedad. No tengo duda que, una vez establecidos en tierras de su propiedad, con protección contra sus enemigos, este pueblo puede en corto plazo comenzar a ser útil a sus conciudadanos, particularmente si se les dan utensilios de labranza.⁴⁸

El General Mier y Terán también tenía a la vista el documento de Ruiz, al grado de que utilizó casi las mismas palabras, pero opinó exactamente en sentido opuesto:

[Los Lipanes] son muy gravosos a los pueblos mexicanos de donde, bien sea por robos o por continuos regalos, sacan la mayor parte de su subsistencia. Parece imposible mejorar las costumbres de

⁴⁷ Ruiz *op. cit.* f. 1v.

⁴⁸ Berlandier *The Indians...* *op.cit.* p.132.

esta tribu cuya presencia sola desanima a los labradores mexicanos: los habitantes de la frontera de Coahuila y Monterrey los detestan y desean su exterminio porque los reconocen como los autores de la desolación de sus pueblos en la guerra pasada y de su miseria presente.⁴⁹

Desde luego que entre los pobladores fronterizos mexicanos prevaleció la idea de que los Lipanes, como todos los grupos nómadas, eran irreductibles y por ello la única política efectiva hacia la pacificación era el exterminio.

Aquí cabe comentar que como elementos centrales de la posibilidad de que los «salvajes» dejaran de serlo, eran su asentamiento en pueblos fijos, su dedicación al trabajo agrícola y la adopción de costumbres occidentales. Berlandier veía muchos atributos destacables en los indios que vivían en las planicies o en las montañas, pero siempre consideró que para realmente «mejorar» sus costumbres, o acercarse a la civilización, debían dejar la vida errante. Los grupos indios defendían efectivamente su libertad para desplazarse, pero habría que considerar además que ello significaba al mismo tiempo defender una forma de vida, una concepción del mundo y la autonomía para llevarlas a efecto. A medida que se fueron cerrando los espacios y que aumentaron las presiones por los territorios y recursos que usaban los nómadas, la independencia de los diferentes grupos indios resultaba incómoda o peligrosa para los intereses fronterizos, tanto angloamericanos como mexicanos, de modo que tarde o temprano fueron obligados, de manera poco civilizada, a entrar a la «civilización».

Berlandier, a pesar de estar en desacuerdo con muchas ideas que servían para calificar la diferencia entre el hombre salvaje y el civilizado, se quedó con la idea de que los nómadas debían salir del «estado de naturaleza» de Voltaire o del «estado de guerra» de Helvecio para llegar a la sociedad regida por leyes, con formas de gobierno estable y asociada a ciertas actividades productivas y actitudes.⁵⁰ Para entender el origen de las frecuentes incursiones de los nómadas contra ranchos y poblaciones con el propósito de robar animales y tomar cautivos, de las crueldades y asesinatos que acompañaban a es-

⁴⁹ Mier y Terán «Noticia...» *op.cit.* p.264.

tas correrías, de los símbolos de la violencia y la constante belicosidad mostrada por esos grupos, era necesario hacer una exposición detallada del sentido que tenían para los propios indios. Por ello habló de las armas utilizadas para la caza y para la guerra, (diferenciando las armas tradicionales de los rifles adquiridos de comerciantes angloamericanos), así como de las fortificaciones que construían los Tahuayaces. También se refirió al modo de hacer tratados de paz, a las guerras interétnicas provocadas por la competencia por territorios de caza y a los odios de largo alcance que ello provocaba. Describió prolijamente las formas e instituciones de la guerra y estrategias, así como la forma en que incorporaban al grupo étnico a los cautivos blancos y del cruel trato que recibían los prisioneros enemigos. Habló también de la importancia de la costumbre de escalar a los vencidos y de las danzas ceremoniales en que utilizaban las cabelleras.

La obra de Berlandier llena sus propósitos científicos a través de la descripción metódica. Habló de la constitución física, que ya mencionamos arriba, y de la forma en que se educaba a los infantes para la guerra. Con respecto a las relaciones de pareja señaló que la situación de la mujer era de sojuzgamiento total al hombre, para quien el matrimonio era igual a la adquisición de un caballo o un sirviente, era aceptada la poligamia, pero duramente castigada la mujer adúltera. Describió las formas de construcción de viviendas y las tiendas. Habló de las ocupaciones, especialmente de los grupos dedicados a la caza. Afirmó que carecían todos de industria, pero que participaban ampliamente el comercio de pieles y caballos con los angloamericanos. Señaló que los grupos nómadas tenían «vicios» que llevaban a su extremo, como el juego o la sexualidad, pues no había interés de la autoridad local en contenerlos. En cuanto al consumo del licor, dice que algunos grupos lo practicaban sin freno, mientras otros lo rechazaban, como los Comanches, pues se habían dado cuenta que ello los sometía al yugo de los comerciantes blancos. Dijo que algunos grupos de la costa de Texas y Tamaulipas utilizaban el peyote. Los robos y asesinatos no eran castigados entre los nómadas si se realizaban fuera de la comunidad, excepto que hubiera un acuerdo de amistad con los afectados. En cuanto a la hospitalidad hacia el extranjero, Berlandier afirmó que la inestabilidad de carácter y la inconstancia en el trato era la regla, pero en cuanto a los Comanches

dijo que era el pueblo más hospitalario y generoso. Destacó que dedicaban mucho tiempo a la música, la danza y el canto con instrumentos de percusión elaborados por ellos mismos.

En relación con sus intereses profesionales Berlandier describió las enfermedades de los hombres del desierto, los remedios rituales y mediante plantas, la longevidad, el trato a los viejos y la forma en que atendían los alumbramientos. Ello lo condujo a tratar sobre las creencias religiosas, las ceremonias y los ritos funerarios. Describió en particular la llamada fiesta de los nuevos frutos, entre los grupos agricultores. Significativamente se advierte una diferencia de tratamiento en el texto de Ruiz y en el de Berlandier en lo que se refiere a las creencias religiosas de los grupos nómadas. Ruiz refiere que los Comanches consideraban al Sol como Padre Universal y a la tierra como madre de todo lo viviente y señala que tienen como semidioses a ciertos animales. Berlandier dice lo mismo de manera general, pero hace mucho énfasis en la superstición y en la adoración a los «pouhahantes», animales disecados u objetos pequeños que llevaban en el pelo o colocaban al centro de los escudos pensando que tenían poderes sobrenaturales que los protegían de las flechas del enemigo. Esta insistencia de Berlandier parece querer mostrar la idolatría como característica de los grupos nómadas y seminómadas.

Aunque en todo este detalle se advierte un tono de fascinación, al mismo tiempo el autor no dejaba de pensar en el modo cómo estos comportamientos podían ser superados. A propósito de la «industria» Berlandier escribe:

Ninguna industria puede prosperar en pueblos que miran la vida civilizada con ojos de envidia y en los cuales los verdaderos derechos de propiedad son poco conocidos. Entre estos pueblos nativos la industria es más o menos marginal a su existencia y cualquier acción dirigida a un fin superior a la mera subsistencia es un esfuerzo extraordinario generalmente no admirado.⁵¹

Aunque en cierto momento Berlandier justifica a los indios cazadores y agricultores que restringen su actividad a aquellas labores indispensables para cubrir sus necesidades inmediatas, en varios momentos sugiere que su principal defecto es la *indolencia*, que ya

⁵⁰ Duchet *op.cit.* p.334

⁵¹ Berlandier *The Indians...* *op.cit.* p.47.

mencionamos arriba. Esta idea se le puede ver repetida en muchos otros documentos de la época. El general Mier y Terán califica de indolentes a los Comanches y de flojos e ignorantes a los grupos agricultores de los alrededores de Nacogdoches. Por contraste menciona a los Charaquíes (o Cherokees), que habían inmigrado a Texas desde tierras estadounidenses, quienes según Mier habían hecho «progresos en la civilización» pues sabían escribir en su propio idioma, habían organizado un gobierno «republicano» y eran «industriosos en la agricultura, cría de ganados y tejidos de algodón». ⁵² Así, la actitud pasiva de los naturales y su desinterés por desarrollar actividades productivas ligadas al comercio, de frente a la laboriosidad de los criollos mexicanos o los angloamericanos, medía la capacidad de los diferentes grupos indios para encaminarse hacia la civilización.

Curiosamente esa idea no aparece en el texto de Francisco Ruiz, quizá porque sus años de vida entre los Comanches lo habían hecho dudar acerca de la superioridad del llamado «mundo civilizado», quizá porque al conocer a fondo la forma de vida de los indios de las praderas entendía el sentido y la filosofía de su comportamiento.

Lo cierto es que a medida que avanzó el siglo fue ganando claramente terreno la idea de que los llamados «indios bárbaros» estaban predestinados a permanecer ajenos a la cultura occidental debido a su pereza. En la época colonial eran bárbaros por estar opuestos a la autoridad del estado, por hostilizar a los blancos y sobre todo por infieles e idólatras; después de la consumación de la independencia lo seguían siendo por los dos primeros elementos, pero su pecado ahora era rechazar la civilización. Berlandier concluyó que la dificultad de que los indios se incorporasen a la sociedad occidental radicaba principalmente en el poco interés de forjarse un progreso propio y en la falta de una noción de propiedad privada.

ESPECIES DE INDIOS

A la descripción general temática de los indios de Texas, le sigue en el texto de Berlandier una descripción específica de cada uno de los pueblos indios, acompañada de una representación gráfica de algunos de ellos. Como buen taxonomista inicia con una discusión acerca de las dificultades para una correcta y uniforme denomina-

⁵² Mier y Terán «Noticia...» *op.cit.* p.265; Sánchez *op.cit.* p.66.

ción de los grupos. Pone de relieve dos problemas: primero, que en las descripciones anteriores de la región variaban mucho los nombres de cada grupo indio según la época en que fueron escritas y, segundo, que cada pueblo, según su lengua, tenía su propia denominación para los pueblos restantes. Así, era muy difícil dar seguimiento a la suerte que habían tenido los diferentes grupos, pues en descripciones de la época colonial se usaban muchos nombres que no tenían un referente preciso para el momento en que Berlandier escribía. Por ello sólo enlistó los nombres de grupos indios mencionados por La Salle y por Lafora e hizo algunas referencias en el cuerpo del texto cuando encontró coincidencias. Esa breve entrada a la segunda parte demuestra que el autor se había interesado en indagar en fuentes de primera mano.

En total, quitando algunas repeticiones, se describen en orden alfabético 41 pueblos. Diferenció a los pueblos indios mediante la siguiente definición: «grupos de individuos que hablan la misma lengua, tienen las mismas costumbres, usualmente descienden de un origen común, son conocidos por el mismo nombre y viven en paz, normalmente juntos».⁵³ La lista de los grupos descritos y un estimado de su población puede verse en el cuadro 1. En dicho cuadro hemos reunido los grupos según su afinidad, anotando la población total que sumaba cada uno de estos conjuntos para dar una idea de la importancia relativa de ellos. El propio Berlandier da los elementos para formar esas agrupaciones y comenta: «pueblos totalmente ajenos pueden formar pequeñas confederaciones para protegerse contra un enemigo común demasiado poderoso».⁵⁴

⁵³ Berlandier *The Indians...* *op. cit.* p.42.

⁵⁴ *Ibid.* p.41.

Pueblos agrupados por afinidad*	Población aproximada**
Apaches: Lipanes de las planicies, Lipanes del sur y Mescaleros	2,800
Comanches y sus aliados: Aguajes, Ay (Aizes), Caihuas (Kiowas), Comanche (incluye Sonsores, Yamparicas y Yucanticas), Charíticas y Pacanabos (incluye Aa)	16,350
Wichitas: Huecos, Tahuacanos, Tahuayaces (Iscainis), Temeyacas y Tenichites (Huichites).	1,680
Cados: Adais, Bidaises, Cados, Iguanees (Yuganis), Nacogodochitos, Nadacos (Anadarcos), Navadachos (Cadodachos), Quichas (Chicas), San Pedros, Texas y Ainais, Nacasil y Orcoquisacs (Ocosaus).	3,500
Carancahuases: Carancahuases (Tarancahuases), Coco s, Cujanos.	600
Tancahuases (Tancahues o Tonkawas)	320
Pueblos indios inmigrados del este: Alabama (Creek), Belocses, Conchates, Chactas (Chactaw), Charaquies (Cherokes), Delawares (Delaas), Kikapús, Mapas (Cuapas o Quapaw), Shounaus (Savanos o Shawnee).	4,630

Fuente: Berlandier *op.cit. passim*.

* Entre paréntesis se indican otros nombres con que se conocía al mismo grupo.

** Los datos de población son sacados de la misma obra, sumando cada grupo. También se menciona a los Navajos y Osages como grandes grupos indios que luchaban o se relacionaban con los indios que residían propiamente en territorio texano.

Sin restar utilidad a la descripción, debe hacerse notar una gran irregularidad en la cantidad y calidad de la información vertida sobre cada pueblo. Evidentemente Berlandier quiso usar toda la información que poseía para dar la mejor noticia posible, lo cual queda de manifiesto al observar que incluyó en su obra todo lo que podía servirle de los textos del teniente coronel Ruiz y del general Mier y Terán. Ello se tradujo en que repitió referencias muy incompletas, especialmente de Mier y Terán, pues Berlandier no tuvo oportunidad de entrar en contacto con los indios Cados e inmigrados que se encontraban principalmente en la región de Nacogdoches. Su interés en los grupos nómadas y la influencia de Ruiz se sintieron claramente en el detalle con que describió ciertos grupos.

En la descripción que se hace de cada pueblo destacan como elementos: número de individuos y familias que lo componen, el lugar donde residen, sus ocupaciones, una breve referencia a su origen, sus relaciones con otros grupos, su actitud guerrera o pacífica y eventualmente alusiones a algunas de las principales costumbres. Si

en la primera parte se intenta establecer una comparación general de los indios de Texas con los parámetros occidentales, en esta segunda se trata de distinguir las características de cada uno de los pueblos a fin de que, en la medida lo posible, el lector pueda distinguirlos y entender las diferencias. Aquí pues se aplica de modo más consistente el método comparativo: se pone mucha atención a las semejanzas y diferencias, así como en las alianzas y rivalidades. Las alusiones a las ocupaciones principales, a las formas de residencia y educación, están claramente orientadas en cada caso a indicar las posibilidades de civilización.

Los grupos que recibieron mayor atención fueron los Comanches, los Lipanes y las parcialidades Wichitas, de los cuales consideró una variedad de aspectos de su cultura. En el caso de los Comanches describió, además de los aspectos mencionados, sus aptitudes para la caza y la guerra, su fortaleza física, adornos, educación de los infantes, armas, amuletos de guerra, costumbres frente a la muerte, consejos para organizar campañas, la sociedad secreta de guerreros, actitudes frente al enemigo, matrimonio, relaciones de pareja, sexualidad, creencias, grupos enemigos, uso del caballo, toma de cautivos, acuerdos de paz, comercio, ciclo de nomadismo, vestido, entre otros aspectos. Bien se podría decir que el énfasis en los Comanches desbalancea la obra en su conjunto, máxime si se considera que en la primera parte también las referencias temáticas están plagadas de alusiones a ellos. Sin duda este interés particular estaba articulado con la idea de que esos grupos indios más integrados y fuertes, eran refugio de otros más débiles, y eran por ello potencialmente capaces de oponerse a los occidentales mexicanos o angloamericanos.

No conforme con la descripción de los pueblos indios de Texas, Berlandier consideró que era necesario tener una representación gráfica. Mandó pintar a un artista llamado Lino Sánchez y Tapia, tal vez hermano del teniente José María Sánchez y Tapia, una serie de 18 acuarelas que representan a los grupos indios: Jaranames, Carrizos, Lipanes, Comanches (en paz y en guerra), Yamparicas, Tancahues, Kikapús, Cados, Iguanes, Charaquiés, Delawares, Cutchatés, Sauanos, Tahucanos, Tahuayaces, Carancahuases y Cocos. Lino Sánchez y Tapia realizó esas acuarelas a partir de bocetos del propio Berlandier o de José María Sánchez, al parecer sin tener contacto directo con los indios.

Las acuarelas tienen algunos rasgos significativos que nos llevan a relacionarlas obligadamente con los dibujos característicos de los registros botánicos de la época. A la manera como el dibujo naturalista clásico representaba una especie nueva con base en las características de su floración y reproducción y por la apariencia de su tallo y hojas, se pinta a los pueblos indios a través de individuos típicos y destacando su presentación. No son propiamente retratos de indios en lo particular, sino representaciones de cada pueblo, de acuerdo a lo que pensó Berlandier era lo más significativo y distintivo. Para resaltar los elementos característicos, los sujetos aparecen aislados del medio sobre un escenario convencional. En la mayor parte de los casos se presenta una pareja, con lo que se pretende dar a conocer en cada caso la vestimenta y actitudes de ambos sexos. Se utilizó una imagen estereotipada del físico cobrizo indígena, de modo que no se destacó la diferencia somática entre los grupos.

La diferencia entre los grupos se maneja a través de elementos culturales. Uno de los elementos manifiestos en casi todos los casos es la ocupación. Los grupos agricultores tienen en sus manos instrumentos de labranza o aparecen sembrando, en tanto que todos los que se dedican principalmente a la caza traen arcos, flechas o armas largas. A los Carancahuases se les representa con arcos y algunos peces, lo que indica su afición a la pesca, mientras los Tahuayaces cargan carabinas, se tapan con pieles y aparece al fondo un cazador tras un cíbolo. Los Comanches son simbolizados en dos acuarelas, una muestra la vestimenta cuando están en paz y otra cuando van a la guerra, queriendo hacer patente el contraste entre la vida tranquila en las rancherías y la actitud agresiva que tomaban los guerreros al salir a combatir al enemigo. En la primera aparece una pareja de aspecto apacible: el hombre tapado con piel de cíbolo, la carabina en el caballo que lleva de la rienda; la mujer sentada en un tronco, al lado de un niño de párvulos dentro de una cuna rígida característica de los indios de la praderas; al fondo puede verse el campamento. En la segunda aparecen dos varones dispuestos a la guerra con todos sus implementos (pintados de cara y cuerpo, armados con lanzas, arco, flechas y escudo emplumado): uno de ellos está montado en su caballo y porta un penacho, mientras el otro aparece a pie y lleva un bonete de cuernos de cíbolo. Un Yamparica y un Kikapú también son representados en actitud guerrera, en particular el segundo quien

aparece a caballo, con el arma en la mano, la cabeza parcialmente rapada y pintado el rostro con líneas color bermellón. Comparativamente las parejas Cado y Charaquí se muestran conversadoras, tranquilas y sin armas de fuego.

El elemento más destacado de las acuarelas es la vestimenta. Berlandier escribió

*La ropa de los nativos que pertenecen al mismo pueblo siempre lleva cierto sello de identidad familiar de modo que pueda ser reconocida, aunque es tan variada como el gusto de la gente que la usa.*⁵⁵

Así, las imágenes quieren mostrar ese aspecto distintivo, lo que coincide casi perfectamente con la descripción de Berlandier cuando se refiere a la apariencia y las formas de vestir. Tanto en la descripción como en las imágenes se encuentran, por ejemplo, las pieles de búfalo decoradas que usan los Comanches, el atuendo de piel de ciervo que usan sus mujeres, los abundantes tatuajes de los Tancahuas, los turbantes estilo oriental de los Charaquíes y Savanos, los pendientes nasales de los Cutchates.

Los Charaquíes demuestran su acercamiento a la civilización con limpias vestimentas occidentalizadas, al grado, dice Berlandier, que las mujeres «semejan campesinas francesas». Claramente se observa una intención en las imágenes de mostrar que los indios inmigrados del este estaban más aculturados que los residentes antiguos de Texas.

Desde luego que el hecho de que el dibujante partiera de los apuntes de Berlandier y José María Sánchez, provocó que ciertos elementos del dibujo fueran imprecisos o tomados de la imaginación. Se estilizaron innecesariamente los tocados, ciertas ropas y actitudes, lo cual da a algunas de las acuarelas un aspecto poco verosímil.

* * *

En la obra de Berlandier se aprecia que llegó a tener en gran estima a los nativos y, con todas las dificultades, los consideraba capaces de asimilarse a la civilización. Sin embargo se cuida de hacer

⁵⁵ *Ibid.* p.50.

recomendaciones al efecto y no discute la mejor manera de aprovechar las aptitudes, inclinaciones y situación de los diferentes grupos.⁵⁶ De cualquier manera intercalada con toda su argumentación se puede leer una frase concluyente:

*Después de todo lo que hemos dicho acerca de los nativos de varias naciones en el norte de México, el lector quedará sorprendido de saber que los españoles niegan que ellos tengan la capacidad de razonar y dudan que pertenezcan a la raza humana... Una simple ojeada podría haberles enseñado que estos pueblos, si bien a primera vista indolentes e indiferentes, aun estando entre los más pobres y desgraciados, no eran más irracionales que ellos mismos.*⁵⁷

Cabe aclarar que cuando Berlandier habla de «españoles» se está refiriendo tanto a las antiguas autoridades virreinales, como a los mexicanos fronterizos de ese momento que en general comulgan con esa actitud discriminatoria. Por su parte Berlandier había llegado a la convicción de que ni el medio ni la forma de vida de los nómadas eran impedimento para desarrollar las capacidades naturales del hombre. También sabía que a pesar de su espíritu guerrero, esos hombres entendían de moral, honorabilidad y hospitalidad en el contexto de sus propios valores y parámetros culturales.

Por último cabría preguntarse si el método de Berlandier pudiera llamarse antropológico. Pienso que no pueden negarse los méritos de su obra en cuanto a que se propuso hacer un estudio del hombre, aprovechó parte de los conocimientos sobre grupos humanos fuera de Europa (incluso criticó sus supuestos) y realizó una investigación sistemática y original. Si se comparan los temarios utilizados por los precursores de la antropología con el utilizado por Berlandier se puede apreciar la calidad y complejidad de su trabajo. Es seguro que otro habría sido el impacto de su obra sobre los indios de haberse publicado a mediados del siglo XIX. Una cosa no puede prestarse a duda: en esa época y región era el mejor observador posible, tanto por tratarse de un científico entrenado en la observación de la naturaleza, como por su disposición y apertura de miras.

⁵⁶ Cosa que si hizo el General Mier y Terán, por ejemplo, cuando discutió el proyecto de Ramos Arizpe, o cuando describía en sus diarios las actitudes de los indios.

⁵⁷ Berlandier *The Indians...* op.cit. p.58.